



# La rebelión postrera de don Miguel de Unamuno

AGUSTÍN REMESAL  
PERIODISTA



**L**a verdad histórica, ese sueño ilusorio que agita a los investigadores más voraces y justicieros, no siempre se encuentra en los archivos. Quienes hemos tenido la fortuna de bucear en el océano de la verdadera papiroflexia unamuniana, la de su legado de manuscritos guardado en su Casa Rectoral de Salamanca, admiramos la obsesión del catedrático por dejar escrito hasta el último de sus pensamientos en papeles de mil tamaños y cuadernillos de factura casera. En el almacén unamuniano de la Calle Bordadores se guardan unas doscientas mil cartas. Los investigadores de academia o de afición se tropiezan siempre con el sobre de una de ellas, la que guarda el doloroso mensaje de la esposa del pastor anglicano Atilano Coco, amigo y contortado de Unamuno, asesinado por un pelotón de falangistas en una cuneta de la carretera de Valladolid. En ese sobre, donde él resumió las ideas de su alegato en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca aquel 12 de octubre de 1936, se leen las únicas palabras certificadas de aquel discurso pronunciado frente a los gritos de la horda rebelde sublevada contra la República y los vivas del General Millán-Astray invocando a la muerte.

Hace tres años, el cineasta Alejandro Amenábar decidió tomar al asalto Salamanca en la más silenciosa clandestinidad. Siguió los pasos de Unamuno por las calles empapadas en su espíritu, exploró los lugares en donde se proponía escenificar la tragedia de España, se asombró con el color de las piedras, midió los ángulos de las esquinas, buscó escenarios y fue tejiendo el guión de una película de ficción basada en decenas de libros que narran aquellos días de odio y muerte en el inicio de la Guerra Civil. Cuentan quienes lo asistieron en esa exploración salmantina que visitó pocos archivos y renunció al consejo de los asesores históricos, pues se proponía usar las necesarias licencias narrativas, sin atentar contra la certidumbre de los hechos documentados, para contar los últimos meses de la vida de don Miguel de Unamuno: la proclamación del Alzamiento Nacional, la llegada de Franco a Salamanca, las detenciones y el fusilamiento de republicanos, la vacilación del viejo catedrático, el drama íntimo de amigos y familiares, la soledad del pensador... La belleza de los escenarios salmantinos, la medida siempre matizada en la narración de sucesos y el alto crédito de los principales protagonistas deberían servir para que el proyecto sólo chocara con los fanáticos siempre atrincherados en los extremos del arco ideológico.

No le perdona Amenábar ni un solo tropiezo a Unamuno a la hora de señalar su falta de perspectiva y sus debilidades: la firma en favor del Alzamiento, la donación de dinero a los rebeldes fascistas, la ambigüedad de su conducta en aquellos días de confusión general y desorden callejero... Su película es un crescendo de razones para explicar la derrota del Rector salmantino, cautivo en un cerco vital quizás improvisado por sus enemigos para dejarle indefenso y desamparado ante la bestia desbocada, bajo amenaza cierta contra sus amigos, discípulos y familia. En ese laberinto de chantajes, dudas y dolores su fortaleza se fue derrumbando. Llegada la hora de su última rebelión en aquella ceremonia teatral del Día de la Raza en la que hubiera tenido que permanecer callado ante la chusma fascista, el Unamuno de discurso largo y pendenciero, se humaniza en anciano taciturno que choca contra el último muro de la vida y estalla, pues no le importaba ya proteger con cobardía la tranquilidad de sus días postreros.

La película 'Mientras dure la guerra' se asienta en un guión bien trabado cuyos autores, un chileno crecido en el exilio de Pinochet y un cubano desencantado del régimen castrista, conocen el tenebroso enredo de la represión sangrienta del enemigo en nombre de los más excelsos ideales. No es un documental destinado a restaurar verdades incontrovertibles, sino una película muy bien documentada. Los puristas de archivo reclaman respeto a los hechos más que el panegírico o la condena de ideas. Es cierto que algunos sucesos, como la misteriosa entrevista de Unamuno con Franco, no respeta la cronología de la historia; o que el papel donde Unamuno tomó sus famosas notas para el discurso improvisado en el Paraninfo no es el verdadero. Sin embargo,

esas nimias licencias no afectan al relato y fortalecen la fuerza de la trama para que los sentimientos se apoderen del espectador por encima de las ideas, porque la emoción, especialmente la cercada de ideas, también es cine. En una perspectiva más cinematográfica, la de la imagen, Amenábar reitera en este filme su deleite en la mejor tradición del cine clásico, mostrada en la secuencia del altercado a voces y manotazos entre Unamuno y su joven amigo de la Universidad, otros españoles que discuten en contraluz lejano como los dos personajes de la pintura de Goya 'Duelo a garrotazos' que bracean y se matan crueles y enloquecidos.

Mantuve con José Saramago hace años en su casa de Lisboa una discusión amistosa acerca del talante vital y político que adjudica a Unamuno en su novela 'El año de la muerte de Ricardo Reis'. Él detestaba y condenaba desde su trinchera comunista la conducta de Unamuno, equívoca y volátil en medio de aquella maraña salmantina. Saramago califica en su novela de «berrinche senil y capricho de viejo cataléptico» la andanada de ideas con las que el Rector pretendió ahogar el griterío de la banda fascista que pedía a gritos la muerte de la inteligencia. «Demasiado tarde», sentenció Saramago. Poco después de nuestro encuentro lisboeta, él fue víctima de un exaltado adepto de los agitadores de antaño en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca: «No es que sea pesimista, es que el mundo es pésimo», afirmó el escritor desde la misma tribuna unamuniana. Un joven pidió la palabra para preguntarle: «Si es tan pesimista, ¿por qué no se suicida?»

La película de Amenábar es una lección de historia acerca de un conflicto aún no concluido. 'Mientras dure la guerra', mas la guerra se resiste a terminar.